

viaje le llamó la atención fueron los trigos muy granados, que prometían cosecha abundante, y los trigos abrasados por el solano, que anunciaban mala recolección. En el viaje de vuelta, pues, y probablemente cuando subió al Picacho, decidió retirarse á la vida privada antes de haber salido de ella, y así se explica que las primeras palabras que dijera á su amigo el Gobernador, después de saludarle, fueran las siguientes:

—Tengo que irme hoy mismo á Madrid y vengo á recoger el encargo para la Duquesa, y al mismo tiempo á decirte que renuncio al acta de diputado, y que si aún hay medio de dársela á Cañaverál, se la cedo para que no haya nueva elección.

—Pero, hombre, ¿qué mosca te ha picado? —preguntó D. Estanislao oyendo aquella salida de tono inesperada.

—No me ha ocurrido nada—contestó Pío Cid;—pero mi decisión es firme y mi deseo es hablar lo menos posible de este asunto.

—Pues precisamente ayer—dijo D. Estanislao,—estuvo aquí Cañaverál, y me calentó un buen rato la cabeza diciéndome que no se da por vencido y que trata de hacer no sé qué para embrollar la elección y para que, en caso de que se apruebe tu acta, se le hagan á él, como dice, funerales de primera clase. La derrota le ha llegado al alma, porque creo que se ha gastado un dínal.

—Que haga lo que quiera—agregó Pío Cid;

—yo no intervengo más en esto. Más vale cortar por lo sano desde el principio. Yo me he dejado llevar, creyendo que la broma no tenía importancia, porque en las ciudades estamos acostumbrados á que detrás de los insultos vengan los apretones de mano; pero en los pueblos toman las cosas por donde quema, y una vez que Cañaverál no ha querido ceder y ha apelado á toda clase de medios, lo único que yo conseguiría sería avivar más la discordia y dar lugar á que el día menos pensado se cometiera algún crimen. Figúrate que algunos de mis amigos de Aldamar querían prender fuego al Ayuntamiento cuando se enteraron de que la elección había sido hecha á cencerros tapados y de que aparecían sus votos en contra mía..... Para seguir adelante sería menester que yo tuviera ganas de pelea y me propusiera aplastar á los Cañaverales, y á mí no me interesan las luchas de este género, ni aunque luchara sacaríamos nada en limpio, porque los partidarios míos no son ni peores ni mejores que los del otro; en sustancia, el cambio sólo serviría para que los abusos que hoy existen siguieran cometiéndose en mi nombre.

—Todo eso me parece muy bien—dijo don Estanislao,—y sólo te ruego que cuando hables con D. Bartolomé de la Cuadra me pongas con él en buen lugar, no vaya á creer que no he atendido su recomendación.

—Por este lado no tendrás nada que sentir

—contestó Pío Cid,—porque te advierto que esa recomendación es de compromiso, pues yo no he hablado con el señor de la Cuadra más que dos veces, y no pienso hablar más con él. El interés que haya mostrado no es por mí, sino por D. Adolfo Gandaria, que me recomendó á él.

—¿De modo—preguntó D. Estanislao—que tu protector es D. Adolfo? Le conozco de sobra. Es un tonto; más tonto que mandado hacer de encargo.

—Pues yo lo estimo en más que á D. Bartolomé—replicó Pío Cid.—Lo que tiene D. Adolfo es que se entusiasma fácilmente hablando de lo que no sabe y se pone en ridículo, mientras que D. Bartolomé es un hombre serio y grave, un tonto que jamás descubre su tontería. Por eso el uno tiene que contentarse con ser senador y votar, sin hablar, desahogándose después en los pasillos, y el otro es Ministro y aun goza de gran autoridad.

—Hombre—dijo D. Estanislao,—me extraña eso que dices de D. Bartolomé; todos le tienen por el hombre de más esperanzas del partido.

—Y pueden tenerlo—añadió Pío Cid,—porque, aparte su falta de luces, es un hombre formal y sincero. Sabe muy poco, pero lo sabe á machamartillo, y lo que ignora lo cubre con frases hechas, que á nada comprometen. Su idea de España es miserable, y con esta idea, su política es la de dar largas; si le en-

cargan de gobernar el país no hará nunca nada malo, aunque tampoco hará nada bueno, y su inacción será preferible á la de los listos, que después de no hacer nada, se aprovecharían de la situación para llenarse los bolsillos. La cualidad esencial de un gobernante es la honradez, y D. Bartolomé huele á honrado, y por mi voto sería, á pesar de su ignorancia, ministro universal y permanente de nuestra nación..... Pero dejémonos de críticas y despáchame cuanto antes, pues tengo el tiempo tasado. Ya te dije que me tengo que ir esta noche.

—Pero al menos—dijo D. Estanislao—hazme el favor de acompañarme á almorzar. Por media hora más ó menos nada se pierde. La verdad es que me has sorprendido con tu repentina determinación, y si te vas sin más explicaciones, pensaré que no quedamos tan buenos amigos como antes lo éramos.

Quedóse Pío Cid á almorzar, y durante el almuerzo refirió algunos detalles de su excursión electoral, con lo que se divirtió no poco el Gobernador. Pío Cid, cuando estaba de vena, era un narrador habilísimo, que sabía describir los tipos y escenas tan puntualmente y con rasgos tan gráficos, que el que le escuchaba, por muy torpe que fuera, lo veía todo mucho mejor que si lo presenciase. Á D. Crispulo, el cura mal hablado, se le veía materialmente entrar por la puerta del comedor montado en su pollino y arrojando proféticas mal-

diciones contra la sociedad moderna. Don Esteban Chiroza parecía estar á la mesa, entre Pío Cid y el Gobernador, hablando en tono resignado y con cara de pascua, y moviéndose de vez en cuando en la silla por no poder estar sentado á su gusto. El pícaro de Barajas, concertando la terrible conjura electoral y dando el cerdoso santo y seña que dió, era más bien que secretario de Ayuntamiento, personaje de alguna graciosa comedia. El profundo tonto Almecina; el largo y cuco notario D. Félix, y el famélico y perseverante maestro Ciruela, con algunos más, todos fueron desfilando como salsa de aquel agradable almuerzo. D. Estanislao se hacía cruces de que en tan pocos días hubiera visto Pío Cid tantas cosas, cuando él había estado en muchos pueblos de España y nunca había visto más que gente vulgar, que no tenía nada que ver con la que Pío Cid iba describiendo.

—Sin duda—le dijo—hay hombres afortunados que tienen la suerte de hallar en su camino aventuras entretenidas y novelescas, en tanto que otros no hallan más que vulgaridad y prosa. Á no ser que las aventuras estén en nosotros y no en la realidad. Quizás yo no hubiera visto nada de lo que tú me cuentas por ir preocupado con los deberes de mi oficio, y tú lo has visto todo porque no te importaba un rábano ganar la elección, porque, digamos la verdad, eres hombre de imaginación y ves todo lo que te da la gana.

—No faltaba más—replicó Pío Cid—sino que ahora me dijeras que te he estado contando una sarta de embustes en pago de tu buen almuerzo. Puedes ir al distrito y ver si no es cierto todo lo que he relatado. Lo del toque de bocina de Francolín ha corrido tanto que hasta ha salido en la prensa de aquí; me lo acaba de decir un amigo.

—Ese toque resonará, andando el tiempo, en toda España—dijo D. Estanislao.—Y levantándose, cogió una copa de vino y exclamó: Brindo por el sistema parlamentario....., y adelante con los faroles.

Ya iba Pío Cid á retirarse, cuando le retuvo aún la llegada de D. Carlos Cañaverál, quien probablemente había sido llamado en secreto por el Gobernador. Era D. Carlos un hombre de buena estampa, tipo acabado del caballero de pueblo. Aunque iba vestido á la moda, su aire era algo tosco, y su basteza se acentuaba viéndole los bigotazos negros y grandes, como cuernos de toro. De toro de mala casta tenía también el mirar cubierto y asoslayado, aunque en conjunto la expresión de su figura era la de un hombre más terrible por su fuerza física que por su perspicacia. Su traza era la de un hombre de no muy largos alcances, muy bueno como amigo y algo peligroso como enemigo. Pío Cid y él se saludaron, y en la manera de saludar de Cañaverál se conocía que estaba ya algo enterado de la retirada de su competidor.

—Siento no haber hablado con usted antes de ahora — dijo Pío Cid, mientras el Gobernador se apartaba á un lado como para leer un periódico,—porque quizás se hubiera usted evitado algunos malos ratos y el Alcalde de Seronete las bofetadas que recibió por haber cumplido con su deber. Yo no tenía ningún interés en la elección, y quien me decidió á venir fué su primo de usted. Después he visto que la enemistad entre ustedes era falsa, de lo que me alegro, y que me habían tomado á mí como juguete.

—No piense usted eso de ningún modo—interrumpió Cañaverál.—Mi primo estaba en contra mía, sólo que entre familia todo se arregla, y á última hora, cuando yo vi la causa perdida, le hice ciertas concesiones en un negocio que teníamos pendiente, y entonces él cejó en su oposición.

—Sea como fuere—prosiguió Pío Cid,—yo desistí ya de la idea de ser diputado y le dejo el campo libre, y lo único que le digo es que si yo he triunfado sin esfuerzo por Seronete, es porque usted tiene allí enemistades, y esto, en un pueblo de cuatro vecinos, en que usted es el amo, no habla muy en favor de usted.

—No me diga usted nada—replicó vivamente Cañaverál,—porque si yo fuera realmente el amo pondría una horca en la puerta de mi casa, y todos los días colgaría de ella un vecino.

—Eso tiene un inconveniente—observó Pío

Cid;—que á la semana se quedaría usted sin súbditos, porque no es creíble que fueran allí de otras partes por el gusto de ser ahorcados por usted. Y cuando no tuviera usted súbditos, todo lo que posee usted en el distrito no valdría un céntimo. Hay que ser tolerantes con los que están debajo, porque si los de abajo se mueven se cae el que está encima.

—Eso que yo he dicho es un decir—insistió Cañaverál.—Yo soy bueno por la buena, pero por la mala no me dejo manejar por nadie, y en el distrito hay algunos gallos á los que hay que cortarles la cresta.

—No hay tales gallos—replicó Pío Cid,—como no sea en la imaginación de usted. El que ha decidido la elección ha sido realmente D. Cecilio Ciruela, y este buen hombre no es gallo ni gallina, es un maestro que tiene exasperado el apetito porque por culpa de usted no cobra su miserable sueldo. Páguenle ustedes y eviten esas malquerencias. Le he de hacer á usted una observación en tono de amigo. Yo podría poner condiciones para ceder el puesto y no las pongo, porque confío en la caballerosidad de usted. Sería una gran cobardía de mi parte volver las espaldas y dejar que usted se vengara impunemente de las contadas personas que han votado por mí; yo no vuelvo las espaldas, pues aunque no sea diputado, escribo en uno de los periódicos más leídos de Madrid, y en cuanto supiera algo desagradable, los sacaría á ustedes á la ver-

güenza pública.—Hoy la prensa vale mucho—recalcó en vista del efecto que á D. Carlos le producía la advertencia,—y una pluma bien manejada vale más que una docena de diputados.

—En eso que usted dice—contestó Cañaveral—revela que no me conoce. Yo soy incapaz de vengarme del que está caído, y una vez que usted me cede el distrito, yo lo doy todo al olvido y lo que haré será trabajar por conseguir ciertas mejoras que hacen mucha falta. Mis propósitos son los mejores, y si usted tiene interés por el distrito por ser de él, yo lo tengo mayor por ser de él y tener en él todos mis bienes y vivir en él gran parte del año. Usted manda allí gran fuerza por sus antecedentes de familia, lo reconozco; pero yo tengo intereses en la actualidad y me va más que á usted en que el distrito prospere.

—Pues por eso principalmente se ha decidido á ceder, según me ha explicado—dijo don Estanislao interviniendo.—Sólo que el Sr. Cid es un hombre de buena fe, y quiere que su sacrificio no sea estéril, y que ya que él se retira y rompe con su tradición de familia, los que le sustituyan no lo echen todo á leones. Yo le soy á usted franco; yo no haría lo que mi amigo, porque quizás, en vez de comprender su generosidad, busquen explicaciones tortuosas y atribuyan su retirada á motivos bajos; habrá gente capaz de decir que ha renunciado porque le han ofrecido algo en re-

compensa..... ¿quién sabe? Aparte de esto, dicho se está que yo tengo que consultar á Madrid antes de decidir la cuestión en lo que de mí depende.

—Por eso no hay cuidado—dijo Cañaveral, que estaba dispuesto hasta á cambiar de casa si era preciso para que el Gobierno le dejara salirse con la suya.—Yo trabajaré la partida de acuerdo con usted, y mi primo Romualdo echará el resto.

—No me parece difícil el arreglo—dijo Pío Cid.—Pueden hacer ver que he sido yo el derrotado, y así no hay renuncia ni tienen por qué sacarme el pellejo. En fin, este asunto es de ustedes dos. Yo me voy, que ya es tarde.

—Yo le ofrezco á usted todo cuanto soy y valgo—dijo Cañaveral,—y sin necesidad de ser diputado, usted manda en el distrito con sólo indicarme sus deseos.

Cerca ya de la puerta, con el sombrero en la mano y el estuche con la cruz de plata debajo del brazo, refirió Pío Cid brevemente la historia del penado Gutiérrez y la entrevista que con él había tenido aquella mañana. Don Carlos, que era enemigo personal del antiguo alcalde, autor del atropello, se indignó oyendo el relato, y ofreció á Pío Cid trabajar con todas sus fuerzas para obtener el indulto.

—Nada, eso corre de mi cuenta y poco he de valer si no lo consigo—afirmó por último Cañaveral, con aire autoritario, retorciéndose y estirándose las soberbias guías del bigote.